

Bas VAN BAVEL, *Manors and Markets: Economy and Society in the Low Countries, 500-1600*, Oxford University Press, Oxford, 2010, 512 pp.

Bajo el título *Manors and Markets*, Bas Van Bavel desarrolla un ambicioso proyecto sobre la historia de los Países Bajos que se extiende a lo largo de un milenio (c. 500-1600). Bas Van Bavel, profesor de Historia económica y social en la Universidad de Utrecht, es uno de los historiadores que mejor pueden acercarse y desarrollar tamaña obra que bebe de trabajos anteriores sobre la explotación del territorio, el desarrollo de los mercados y el impacto de la crisis del siglo XVI en la citada región, que comprende principalmente los territorios hoy ocupados por Holanda, Bélgica, Luxemburgo y parte del norte de Francia.

La obra aporta una completa visión sobre el desarrollo económico y social de los Países Bajos durante mil cien años, partiendo de los numerosos estudios que, sobre regiones y ciudades, han surgido en las últimas décadas. Todo ello sin renunciar a los valiosos datos que desde otras disciplinas auxiliares como la arqueología han enriquecido el conocimiento histórico. Como hemos indicado, la estructura temática del libro continúa con los ejes fundamentales de la trayectoria del profesor Van Bavel centrándose, tras una brillante exposición de motivos, en el análisis y la evolución de los factores productivos y de la sociedad de los Países Bajos.

El marco de la investigación queda expuesto en los primeros capítulos donde desarrolla todo lo referente a los condicionantes geográficos y al desarrollo institucional, económico, demográfico y social, desde la caída del Imperio romano hasta el siglo XIII; una fecha que supone cambio en todos los sentidos. Sin esta necesaria introducción sería difícil buscar el origen de fenómenos tan interesantes como el de los proyectos hidrológicos (elevaciones sobre terrenos pantanosos, diques, polders...) que coparon la zona costera de Flandes, Zelanda, Holanda, Frisia y Groningen desde etapas tempranas.

La estabilización de comunidades, cada vez mayores, el desarrollo de estructuras políticas y sociales, la influencia del poder franco, y después carolingio, la aparición de señores laicos y eclesiásticos (como el conde de Flandes o el obispo de Utrecht), el desarrollo del *manorialism* y la creciente polarización entre dos mundos, el urbano y el rural, marcaron los siglos correspondientes a la alta Edad Media. Se conformaba así un territorio que pasará a ser uno de los más ricos y dinámicos de su tiempo, como defiende el autor a través de indicadores como el elevado índice de urbanización o la mejora de los sistemas de producción agropecuaria.

Dicho lo cual, hay tres grandes elementos que vertebran la obra y demuestran la consolidación de esta dinámica región: los cambios en la estructura económica, el desarrollo de los mercados y el cambio social. En cuanto a la estructura económica, el autor se interesa por los desarrollos de la agricultura y la industria. El primero se fundamenta en la aparición de diferentes modelos de explotación de la tierra que, a pesar de estar insertos en el mundo feudal, coexistieron con cierta libertad a la hora de poseer y trabajar tierra. Este hecho adelanta ya las bases de un sistema en el que los propietarios buscaron mayores rendimientos con el objetivo de acercar su producción al mercado que, por aquel entonces, emergía con fuerza. Además del régimen de explotación y de las mejoras técnicas, la otra cara del desarrollo agrario en la región venía marcada por la evolución demográfica. De este modo, el autor defiende que hasta 1350 la agricultura se benefició del aumento demográfico; si bien sufrió cambios a raíz de las catástrofes del siglo XIV, orientándose hacia un nuevo modelo basado en la especialización en ciertos cultivos, sobre todo industriales como el lino.

La otra cara de la moneda es analizada a partir de la evolución, durante los primeros siglos del medievo, de la producción de bienes dentro del ámbito doméstico donde, por ejemplo, la construcción de un molino suponía la asociación puntual de una comunidad. Una fase en la que la elaboración de bienes especializados era minoritaria, aunque comenzaban a sumarse al sistema productos semiespecializados como los derivados del hierro. Las actividades artesanales ya empezaban a caracterizarse por su localización urbana, fenómeno que se prolongó durante los siglos posteriores, aprovechándose de la transmisión de las innovaciones tecnológicas (como el desarrollo del telar de pedal horizontal o de materiales como el ladrillo). Tampoco debemos olvidar el control que sobre estas actividades ejercieron las poderosas gildas, hecho que dio cierto respiro al desarrollo de pequeñas industrias en las áreas rurales especializadas en la producción de bienes intensivos en mano de obra. Sin duda, el carácter rural o urbano desempeñó un papel decisivo en la orientación de la producción, aunque por ejemplo ciudades como las flamencas o las holandesas optaran por diferentes estrategias en la producción textil.

El segundo pilar fue el desarrollo de los mercados de tierra, de capital, de trabajo y de bienes. El primero de ellos estaba caracterizado por la complejidad de derechos existentes sobre la tierra, a pesar de lo cual logró un notable desarrollo gracias a fenómenos como el desarrollo de una organización práctica y eficaz para el registro de transferencias, o por la mejora de los arrendamientos. Todo ello propició la aparición de propietarios o de arrendatarios que buscaron continuas mejoras en los rendimientos, advirtiendo del cambio de una sociedad medieval a una moderna, el paso del feudalismo al capitalismo.

Otro gran mercado, el de capital, nació muy ligado al mercado de tierra. Su impulso durante la plena Edad Media llegó gracias a los nuevos instrumentos de crédito y al avanzado marco institucional que proveía de seguridad a los participantes en él (judíos y lombardos en un primer momento). Logró así un desarrollo notable que derivó hacia su etapa dorada en los siglos XVI y XVII, influido por aspectos como la acuñación (limitada y problemática por la variedad de derechos), los cambios, etc., aunque logró dotar de cierta unidad económica a un territorio tan diverso.

Del mercado de trabajo es interesante advertir la importancia de la evolución de la mano de obra asalariada y su expansión desde el ámbito urbano al rural, mucho más abierto a la movilidad profesional que la restringida organización laboral impuesta por las gildas ciudadanas. No obstante, como ocurre con todos los aspectos tratados por Bas Van Babel, es necesario destacar las profundas diferencias regionales que se aprecian en los niveles salariales o en la participación de la mujer en dicho mercado.

Como colofón, el mercado de bienes, cuyo crecimiento se relaciona con la implicación de agentes e instituciones (como monasterios, señores y gildas) en el desarrollo de un intenso comercio visible en las ferias flamencas de Lille o Brujas. Estas concentraciones de mercaderes, unidas a una mejora del tráfico comercial por agua y por tierra (a precios cada vez más competitivos), además del aumento de la demanda promovida por un intenso proceso de urbanización, impulsaron el crecimiento del comercio a niveles nunca conocidos hasta entonces. Todo ello aparece perfectamente vinculado al desarrollo del mercado de crédito y al aumento de mercados estables en ciudades como Brujas, centro del comercio internacional y sede de las naciones de mercaderes llegados de toda Europa.

Finalmente, todo lo expuesto hasta ahora quedaría incompleto sin considerar el profundo cambio social que sufrió este pequeño espacio cuya diversidad social y regional era importante. Basta citar las tensas relaciones entre grandes propietarios y esforzados granjeros, empeñados en mantener sus posesiones o ampliarlas a través de mejoras en los rendimientos. Fue en las zonas ocupadas por éstos donde la proto-industrialización hizo su aparición gracias a las posibilidades de acceso al mercado (en Holanda, con una diversificada producción, y en el interior de Flandes, con el sector textil). Mientras tanto, en las ciudades flamencas emergían poderosos grupos de mercaderes y gildas que accedían a las instituciones de gobierno desde las que planificaban la orientación mercantil y productiva urbana. Al tiempo, en Holanda se daban los pasos necesarios para lograr altos niveles de productividad gracias a la inversión en bienes de capital frente a la inversión en mano de obra, encarecida durante la baja Edad Media. Dos modelos sociales y productivos cuyo proceso de cambios desencadenó episodios de tensión social (revueltas de la población rural contra el conde de Holanda a fines del XIII, o de las gildas contra Carlos V en el XVI). Aun así, el análisis de los estándares de vida –basados en el nivel relativo de los salarios en términos de capacidad de compra y en otros criterios como la beneficencia (muy unida al fenómeno de urbanización), la educación (especialmente desarrollada en todos los ámbitos por los holandeses desde el siglo XIV hasta el XVI), y las condiciones de vida– nos ofrece la visión de una sociedad desarrollada, dinámica y moderna, en comparación con el resto del continente. El libro culmina con un capítulo de síntesis que engloba toda la exposición en un análisis de crecimiento económico a muy largo plazo y de cambio social, en el marco de los Países Bajos dentro del contexto europeo.

A mi entender, el autor cumple plenamente con los ambiciosos objetivos propuestos, pues no es fácil realizar análisis de tal calado. En su obra podemos encontrar las claves necesarias para conocer un milenio de historia económica y social en

los Países Bajos. Su exhaustiva documentación y el esquema propuesto suponen un ejemplo a destacar dentro de la historia económica internacional.

DAVID CARVAJAL DE LA VEGA